



OFICINA EJECUTIVA DEL SECRETARIO GENERAL

**HACIA UNA TERCERA VÍA DE DESARROLLO:
DISCURSO DE APERTURA DEL SECRETARIO GENERAL
MANSSOUR BIN MUSSALLAM**

TIPO:	Discurso
FORMATO:	En persona
OCASIÓN:	Ceremonia de apertura de la Consulta ALC del Congreso del Gran Sur
DATE:	8 de agosto de 2024
LOCATION:	Universidad de Panamá, Ciudad de Panamá

Señor Secretario General de la Unión de Universidades de América Latina y el Caribe (UDUALC) y Presidente de la segunda reunión de consulta del Congreso del Gran Sur;

Señor Presidente de la Conferencia de Miembros Asociados de la Organización de Cooperación del Sur, y Presidente de la UDUALC;

Señor Rector de la Universidad de Panamá;

- Triunvirato que quisiera reconocer y agradecer por haber – con tanta buena voluntad, tanto compromiso, tan admirable convicción – aceptado de co-organizar el encuentro de hoy;

Distinguidos participantes,

Señoras y señores:

Quisiera empezar presentándoles mis disculpas anticipadas por una serie de razones:

Ante todo, por mi español, que sigue siendo, a pesar de mis mejores esfuerzos, aproximado en el mejor de los casos. Esta es la razón por la que he optado por un discurso escrito, para minimizar los errores lingüísticos, aunque no conseguiré evitarlos del todo. Agradezco, por tanto, su indulgencia idiomática.

En segundo lugar, por la longitud de mi discurso de hoy. En los últimos años me he ganado la reputación de ser un orador interminable y, después de haberlo pensado mucho, me he dado cuenta de que, habiéndome ganado esta reputación con mucho esfuerzo y sudor, sería una pena no confirmarla. Así que les agradezco, de antemano, su tolerancia.

Y por último, les presento mis disculpas por la insuficiente sustancia de mi discurso de hoy. Hace unos días, mientras intentaba escribir este mismo discurso que pronuncio ahora, no pude evitar notar una cierta ironía en el ejercicio. Por lo menos desde diciembre de 2021, desde el momento en que tomé posesión en calidad de Secretario General de la Organización de Cooperación del Sur, he estado esperando con impaciencia el día en que se celebraría esta consulta Latinoamericana y

Caribeña, y el privilegio que me correspondería, de dirigirme a ustedes en ella. Y, sin embargo, mientras estaba sentado ante mi escritorio, las palabras me parecían demasiado esquivas, el vocabulario demasiado restrictivo, mi asombro demasiado grande para que este discurso fuera digno de tal asamblea. Porque soy consciente de que estando hoy aquí, me dirijo a algunas de las mentes más brillantes de la región, porque sé que habiendo convergido en la ciudad de Panamá desde más de 20 países, los delegados a esta reunión, son mucho más que mentes brillantes - ustedes son mujeres y hombres de convicción y compromiso, equipados con la determinación de contribuir, más allá de las aspiraciones, con propuestas genuinas y tangibles para el cambio.

Y por ello, tengo plena conciencia del carácter histórico de esta consulta – histórico no sólo para América Latina y el Caribe, sino también para el conjunto del Gran Sur. Porque si bien es cierto que, cuando encarnamos la historia, es sumamente difícil verla, del mismo modo que uno no se ve a sí mismo, pero es consciente de la existencia de uno mismo, podemos tener una noción, el sentido, por difícil que sea, del momento histórico en el que nos encontramos.

Y hoy, delegadas y delegados, sostengo que hay dos momentos históricos que podemos y debemos percibir. Por un lado, el punto de inflexión, la encrucijada en la que se encuentra el mundo, y por otro, el papel de nuestros países del Gran Sur para que ese punto de inflexión no sea el efecto arbitrario de un cambio de vientos, sino el resultado deliberado de un cambio de rumbo.

Y es precisamente con esta conciencia que los Estados Miembros de la Organización de Cooperación del Sur, la OCS, han encomendado a la Secretaría General la convocatoria del Congreso del Gran Sur, inscribiéndose esta Consulta Latinoamericana y caribeña de intelectuales, científicos, y artistas, así como la sociedad civil, entre una serie de consultas regionales y sectoriales que está convocando la OCS.

Y en esto no debemos entender el nombre de este proceso como una mera conferencia abstracta. “Congreso” adquiere aquí un sentido casi legislativo – y, me atrevería a decir, político –, en el sentido más noble del término. Es decir, la construcción colectiva de un proyecto transformador para la sociedad, para el mundo. Y para cada una de las consultas que se convocan, la presente reunión siendo la segunda, se invita a través de deliberaciones, intercambios y búsqueda de consenso a articular recomendaciones concretas que se presentarán en la Cumbre del Gran Sur y proporcionarán la base sólida sobre la que se podrá adoptar una definición compartida y un plan de acción común para la construcción colectiva de una Tercera Vía de Desarrollo – desde el Sur, por el Sur, pero para la Humanidad entera.

Delegadas, delegados:

En un mundo que es más desigual de lo que era cuando la Asamblea General de la OCS llamó a convocar al Congreso del Gran Sur, donde nuestros contratos sociales no sólo han mostrado sus deficiencias, sino que se están desarticulando, y donde nuestros ecosistemas planetarios y equilibrios medioambientales están a punto de deshacerse irremediablemente, no se trata sólo de abordar y resolver los problemas del mundo actual. Se trata también, se trata sobre todo, de transformarlo a mejor, de construir el mañana al que aspiran nuestros Pueblos y que se merece la Humanidad.

Pero a este optimismo de la voluntad hay que conjugar el pesimismo de la inteligencia. Pues parece que a nuestras sociedades les resulta más fácil imaginar la desaparición del mundo, la extinción de la humanidad, el fin de la historia, que concebir el fin de los sistemas que han llevado al mundo al punto de deshacerse.

Y creo que esto puede explicarse por tres factores interrelacionados:

En primer lugar, porque mientras que, parafraseando a Regis Debray, en un pasado no muy lejano hemos conocido las Internacionales de la Esperanza, de los colectivos atrevidos que buscaban construir la sociedad utópica, hoy hemos descubierto la Internacional de la Angustia. Y aunque nuestro miedo a una catástrofe climática es absolutamente legítimo y, hasta cierto punto, necesario, el miedo por sí solo nunca es fructífero. En el mejor de los casos es reactivo, ya que nos esforzamos por evitar la tragedia, y en el peor de los casos es totalmente paralizante.

En segundo lugar, porque es imposible imaginar el fin de un statu quo sin concebir primero su sustitución. No puede haber deconstrucción sin los planes para la reconstrucción.

Y en tercer y último lugar, porque hemos perdido, como se ha demostrado internacionalmente en el apogeo de la pandemia, el sentido de la acción colectiva. Tan sumergidos nos hemos vuelto en el individualismo de nuestros modelos de desarrollo, que hemos olvidado que la acción colectiva no es mucha gente haciendo lo mismo al mismo tiempo, lo que podría incluso considerarse una crisis en términos económicos, sino una lucha coordinada, decidida, de múltiples frentes, con la aguda conciencia de una comunidad de destino. Porque el futuro será colectivo, o no será.

Y el Congreso del Gran Sur debe abordar estos puntos, y esta reunión de consulta debe hacerlo desde las particularidades de esta región que contribuyen al despliegue de un mosaico cuya universalidad es el encuentro, y no la negación, de las especificidades. Porque si vamos a comprometernos en la edificación colectiva de una Tercera Vía de Desarrollo, ésta no debe convertirse en un Tercer Modelo, imponiéndose descontextualizado, sino que por el contrario debe implicar en su seno – frente a los procesos homogeneizadores que se disfrazan de estándares igualitario, pero que reproducen la desigualdad – una multiplicidad, una pluralidad, una diversidad de formas y modelos.

Porque, para citar a Paulo Freire, "no se pueden esperar resultados positivos de un programa educativo o de acción política que no respete la visión particular del mundo que tiene el Pueblo. Tal programa constituye una invasión cultural, a pesar de las buenas intenciones".

Y hoy, en este momento preciso de la historia, reconociendo la necesidad de construir un mundo más justo, más sostenible, también debemos ser inquebrantables en nuestra postura de que no es el momento de divisiones inútiles y peleas mezquinas.

Nuestros países y Pueblos comparten algunos intereses fundamentales e inextricables que trascienden las diferencias políticas. Debemos alcanzar el consenso sobre los principios universales y los objetivos comunes, pero permitir que se traduzcan de acuerdo con los contextos, las prioridades y las sensibilidades regionales, nacionales y locales.

Delegadas, delegados:

Esta pluralidad de formas y modelos, que está implícita en una Tercera Vía de Desarrollo, nos exige reflexionar sobre una serie de cuestiones cruciales. Éstas son, sin duda, innumerables – y aunque pueda ser un orador interminable, tampoco tengo intención de competir con la eternidad. Por lo tanto, sólo quisiera aportarles algunas humildes y limitadas reflexiones para su consideración durante sus deliberaciones de los próximos dos días.

La primera cuestión se refiere al saber:

Para que una Tercera Vía de Desarrollo sea posible, para que pueda responder a las aspiraciones largamente acariciadas por nuestros Pueblos, para atender nuestras necesidades de desarrollo tan universales como profundamente arraigadas en nuestros contextos, debemos, desde América Latina y el Caribe, el mundo árabe, África, Asia y el Pacífico, articular, desarrollar nuevas epistemologías, ni desterradas de nuestro pasado colectivo ni alienadas del presente.

Necesitamos epistemologías que nos permitan replantearnos los supuestos subyacentes a los modelos de desarrollo que han sido nuestros hasta hoy. Y para ello, creo que debemos cuestionar tres supuestos:

En primer lugar, la naturaleza del saber: es decir, ¿qué constituye un saber legítimo? ¿Y a quién corresponde definir esa legitimidad? Por supuesto, los saberes académicos y científicos son cruciales e indispensables, pero también lo son nuestros saberes endógenos, ancestrales y populares, ámbitos de conocimiento que han sido históricamente deslegitimados y marginados del discurso del desarrollo.

En segundo lugar, la economía del saber: entre estos supuestos, destaca la necesidad de preguntarse quién accede al saber, cuál es el precio del acceso al conocimiento, ¿qué contribuciones al saber hay que financiar? Ya que todos estamos familiarizados con la infame división 90/10: el 90% de la financiación mundial de la investigación se destina a investigaciones que responden a las necesidades o contextos del 10% de la población mundial; y también debemos preguntarnos ¿quién se beneficia de los frutos del saber? Una conversación que nos llevará al tema central de los bienes comunes y públicos mundiales.

Y, por último, en cuanto a los supuestos del saber, debemos cuestionar la geopolítica del saber: entre este vasto tema debemos empezar por abordar cuestiones tan obvias como las barreras a la movilidad a las que se enfrentan los intelectuales, investigadores, escritores, estudiantes y jóvenes de los países del Gran Sur, que les impiden entablar colaboraciones fructíferas, presentar sus trabajos e investigaciones en foros internacionales, ir al encuentro de saberes distintos. Pero la temática de la geopolítica del saber también nos exige mencionar la concentración de revistas de alcance internacional en los países del Norte, y a partir de ahí, cuestionar también la política intrínseca al uso de ciertos idiomas, ósea – y seamos transparentes – desafiar la hegemonía del inglés en la producción y difusión del conocimiento.

También me gustaría, delegadas, delegados, aportar una pequeña reflexión sobre un tema cuya centralidad está hoy fuera de toda duda: la tecnología.

El debate sobre la adopción o no de la tecnología fue superado ya hace tiempo, ya que se trata de un hecho consumado, el debate se centra ahora, como todos ustedes saben mucho mejor que yo, en el potencial de la tecnología, pero también en sus peligros y consecuencias negativas para nuestras sociedades. Y por supuesto, la tecnología es una herramienta. Y es cierto que las herramientas no son intrínsecamente buenas o malas. Al fin y al cabo, no se considera que el cuchillo deba ser elogiado por una comida, ni que deba ser condenado por una puñalada.

Pero la tecnología es un tipo diferente de herramienta: es una herramienta que tiene el potencial de moldear no sólo cómo realizamos una tarea, sino también cómo vemos e interpretamos nuestro mundo y, por tanto, cómo actuamos en él.

Y, a pesar de las apariencias iniciales, la tecnología nunca es socioculturalmente neutra. Su desarrollo es, al menos por ahora, un proceso dirigido por seres humanos en el que sus programadores, lo quieran o no, se den cuenta o no, transfieren algunos de sus prejuicios, de sus sesgos, a la tecnología que desarrollen. Esto sin mencionar, en el caso de la Inteligencia Artificial, que los conjuntos de datos sobre los que la mayor parte se están entrenando proceden en general del Norte. Y por tanto, en la construcción de una Tercera Vía de Desarrollo, ya no tenemos que cuestionarnos sobre la adopción o no de la tecnología, sino más bien:

¿cuándo hacerlo, y si hay que subir al vagón de la tecnología *porque sí* o, por el contrario, ser más deliberados sobre su uso? *¿Quién* debería desarrollar estas tecnologías, y qué *tipos* de tecnologías deberían desarrollarse?

Y sobre esto, quisiera mencionar que, desde la OCS, somos cautelosos con las opciones que se nos ofrecen y que en general consisten en donaciones de tecnología – por las que podemos sentir agradecimiento – o en la importación de tecnologías, a menudo costosas, en particular cuando se nos presentan como soluciones a largo plazo para salvar la brecha tecno-digital. Porque éstas tienden a ser tecnologías de código cerrado y patentadas, y en un plazo de 5 a 10 años como máximo, estarán obsoletas. Y nos encontraremos como países exactamente donde hemos estado hasta ahora, es decir, pasajeros en lugar de conductores de la Revolución Digital.

Y debemos, en consecuencia, desarrollar nuestras propias tecnologías, tecnologías con nuestras capacidades endógenas, ya sean nacionales o regionales, y trabajar para lograr mayores transferencias de tecnología Sur-Sur, no sólo para salvar la brecha en términos de acceso, sino también, sobre todo, para salvar la brecha entre los países consumidores y los países productores de tecnología.

Delegadas, delegados:

Tampoco podemos evitar, al hablar de una Tercera Vía de Desarrollo, discutir la cuestión central de la economía, de nuestros modelos de crecimiento económico y de desarrollo que se han puesto en crisis y que, por lo tanto, también justifican una Tercera Vía de Desarrollo desde una perspectiva puramente científica: es decir, si tuviéramos una varita mágica y pudiéramos de alguna manera, de repente, asegurarnos de que cada persona del mundo viviera de la noche a la mañana como el francés medio o el estadounidense medio – y esto no es, en absoluto, un juicio moral –, el mundo llegaría a

su fin inmediatamente. El mundo llegaría a su fin porque esos modelos sencillamente no son ecológicamente sostenibles.

Y la crisis climática nos obliga en consecuencia a buscar, a articular nuevas vías de desarrollo económico. Un aspecto debe ser la consideración de complejizar nuestro análisis: imponiendo el decrecimiento en ciertos sectores y estimulando el crecimiento en otros, cuyo equilibrio dejo a sus deliberaciones para iluminar el tema.

También debemos – porque no somos, porque no podemos ser Pueblos que no saben asumir sus propias responsabilidades – abordar las debilidades estructurales de nuestras economías que generan ciclos de dependencia.

Esto exige de nosotros inversiones estratégicas como países del Sur en ámbitos como:

La Educación equilibrada e inclusiva, pues no hay desarrollo sin educación. Pero debemos contar con sistemas educativos concebidos para forjar el futuro que deseamos, y no para limitarse a reproducir las sociedades que tenemos; ósea necesitamos una educación que reconozca nuestras culturas, identidades y experiencias – lo y quienes somos como pueblos e individuos – y que muestre cómo esas culturas se han influido mutuamente a lo largo de milenios; una educación que nos prepare para la complejidad del mundo – no una que, tratando de simplificarlo, acabe simplificándonos a nosotros; una educación que devuelva tanto a los docentes como a los estudiantes su vocación humanista – no una que deshumanice a los primeros convirtiéndolos en obsoletos instrumentos de transmisión de información y a los segundos en meras pizarras vírgenes; una educación que se adapte a nuestras aspiraciones universales, prioridades nacionales, realidades locales y necesidades individuales – no una que nos aliene al imponer un modelo descontextualizado y único para todos.

Otra inversión imprescindible es en salud integral – donde debemos hacer énfasis en la atención preventiva tanto como en la medicina curativa, dentro del marco de "Una sola salud" entre flora, fauna y seres humanos.

Una agricultura sostenible – y a través de ella, la soberanía alimentaria, incluso a nivel regional – y cuando digo esto, no me refiero únicamente a la agricultura destinada a la exportación, sino que hago énfasis en una agricultura que garantice la nutrición de nuestros Pueblos.

Otro sector estratégico: la producción y el uso de energías limpias y renovables – y a través de ello, la soberanía energética que contribuye simultáneamente a la sostenibilidad planetaria.

También debemos invertir en el desarrollo de infraestructuras, que por cierto ha caído en desgracia ante las instituciones financieras internacionales. Y cuando menciono las infraestructuras, me refiero, por supuesto, a las nacionales – pero no sólo: también necesitamos estas inversiones en infraestructuras a nivel regional y del Gran Sur. La OCS, como organización intergubernamental centrada en la cooperación Sur-Sur, sabe muy bien que sería un puro sofisma, un completo disparate, hablar de cooperación Sur-Sur sin abordar el problema crucial de la falta de conectividad entre nuestros países.

Y como breve paréntesis, estuve recientemente, hace unos meses, en Sudamérica, en Surinam, para una reunión de cancilleres; y luego tuve que asistir a la consulta africana del Congreso en Nairobi. Y aunque parezca mentira, la ruta más rápida y eficaz era viajar, no a través de Panamá ni de Addis Abeba, y mucho menos directamente, sino a través de Ámsterdam. Ósea, la ruta más rápida significaba que ni siquiera iba a volar en la dirección correcta: tenía que salir del Sur hacia el Norte, para volver al Sur. Esto habla tanto de la falta de conectividad dentro de las regiones en sí mismas como entre las diversas regiones del Gran Sur, y esta falta de conectividad debe ser superada, porque no se puede hablar seriamente de cooperación o, para el caso, de integración si el coste en términos de tiempo, pero también financiero, de esa cooperación y de esa integración es prohibitivo. También es importante, dentro de este paréntesis, señalar que la cuestión no es sólo la excesiva centralización en el Norte – debemos reconocer también que tenemos nuestros “Nortes” en el Sur, y éstos son generalmente nuestras capitales, los grandes centros urbanos, cuya excesiva centralización debe abordarse también...

Y, por último, volviendo a los sectores estratégicos, yo diría que en términos de desarrollo económico para la Tercera Vía de Desarrollo, debemos dirigir nuestros esfuerzos hacia la industrialización de alto valor agregado. Nuestros países del Gran Sur siguen siendo, en su mayoría, exportadores netos de materias primas o productos intermedios e importadores netos de productos de alto valor agregado.

Y para darles un ejemplo muy concreto, y que algunos de ustedes me habrán oído mencionar en el pasado: el café.

El café: el mejor símbolo del Gran Sur; árbol cuyo fruto es absolutamente universal (todo el mundo toma café en todas partes), pero cuyas raíces sólo crecen en suelo del Sur: en América Latina y el Caribe, en África y en Asia.

Y, sin embargo, delegadas, delegados:

Si nos fijamos en los diez principales exportadores de café del mundo, cuatro de ellos se encuentran en una región del mundo que no tiene ni un solo cafeto – y por nombrar a los que no deben ser nombrados, son: Francia, Italia, Alemania y Suiza.

Y cada uno de ellos, lo crean o no, exporta más café que Etiopía y Uganda, los dos mayores exportadores africanos de café. Y eso se debe a que nosotros, en el Sur, seguimos exportando, sobre todo, granos verdes, mientras que desde el Norte exportan (por terrible que sea el sabor, sigue siendo muy cómodo) café instantáneo, cápsulas de café. De hecho, hace poco estuve en un Estado Miembro y en el hotel tenía una máquina de café espresso muy bonita, muy útil, muy conveniente.

Y, como parte de las comodidades, había una serie de cápsulas en las que se leía “Etiopía” en negrita – porque el café de aquellas capsulas procedía de allí –, pero la capsula en sí era producida en Suiza. Y, por supuesto, lo que esto significa es que los países del Sur productores de café ganan, en por medio, 2,5 dólares el saco, mientras que los países no productores de café, sino procesadores de café, están exportando café con valor agregado por aproximadamente 40 dólares el saco - no 4, 40 dólares el saco frente a 2,5 dólares.

Y, por lo tanto, debemos invertir – en el caso del café, y sólo a título ilustrativo –, en instalaciones de tostado de café, en instalaciones de mezcla de café, en fábricas de cápsulas, en formaciones técnicas para maestros tostadores y mezcladores. Debemos crear mercados dentro de nuestros países para que ese país que mencionaba no tenga que importar su café de Suiza, sino que pueda importarlo directamente de otro país del Sur, vecino. Y, por supuesto, lo que digo aquí sobre el café también se aplica al cacao, se aplica al algodón, se aplica a un sinfín de productos, incluidas las tecnologías de energías renovables que requieren minerales críticos que se encuentran en los suelos de nuestros países.

Delegadas, delegados:

A riesgo de abusar de su paciencia al confirmar mi reputación de expositor interminable, sólo tengo dos consideraciones más que presentarles, que sé que sin duda no son nuevas para ustedes, pero que se entrecruzan con lo anterior, y que es, a mi juicio, fundamental debatir.

La primera consideración es sobre el multilateralismo, ya que, al hablar de la construcción de una Tercera Vía de Desarrollo, debemos tener la fortaleza y la tenacidad de articular un *nuevo tipo* de multilateralismo, basado en tres principios rectores: igualdad entre las partes, equidad en las relaciones y solidaridad en lugar de caridad:

Igualdad entre las partes, porque nos guste o no, como ciudadanos del Sur, sabemos instintivamente que ése no es exactamente el sistema que tenemos. Como todos ustedes saben, el sistema actual es más parecido al de “Rebelión en la granja”. Es decir: todos los animales son iguales, pero algunos son más iguales que otros. Al contrario, una Tercera Vía de Desarrollo debe lograr, en cambio, una comunidad de aprendizaje mutuo entre iguales soberanos.

Equidad en las relaciones: Porque me atrevería a decir, para ser un poco provocador, que necesitamos instituciones multilaterales que se atengan a la siguiente máxima: de cada país según su capacidad, y a cada país según su necesidad. La necesidad de esta máxima quedó ejemplificada durante la pandemia del COVID-19, cuando de la emisión excepcional de 600 mil millones de dólares en Derechos Especiales de Giro por parte del FMI para paliar el shock económico que sufrieron los países, sólo el 8% fue a América Latina y el Caribe, y el 7% a África, con la mayoría dedicada a los que menos lo necesitaban.

Y por supuesto, solidaridad en lugar de caridad: porque una Tercera Vía de Desarrollo debe encarnar el espíritu de la solidaridad, que se practica horizontalmente, no el de la caridad que siempre se practica verticalmente. Porque la caridad es regalar las sobras; la solidaridad es compartir la comida con conciencia de que compartimos sobre todo un destino común inextricable.

A esto añadiera que más allá de la cooperación necesaria entre gobiernos, debemos invertir, facilitar, estimular la cooperación entre nuestros Pueblos, lo que construye puentes más sólidos y sostenibles entre nuestras Naciones.

Delegadas, delegados:

La segunda cuestión, fundamental e interrelacionada, es, por así decirlo, el elefante que nos está acompañando en la sala desde el principio: se trata de la arquitectura financiera internacional.

Porque podemos hablar de reducir la brecha entre los países productores y consumidores de tecnología, de transformar nuestros sistemas educativos, de mejorar la conexión entre nuestros países, de lograr una industrialización de alto valor agregado, pero si no nos damos los medios y los recursos para invertir en esas áreas, entonces nuestros planes, por muy necesarios y bien pensados que estén, no serán más que aspiraciones frustradas. Y lo nuestro, hoy, no puede ser una mera iniciativa testimonial, así que debemos hablar de la cuestión de la deuda. En 2021, en plena Iniciativa de Suspensión del Servicio de la Deuda – es decir, podría haber sido peor –, los países del Sur pagaron colectivamente más de 400 millones de dólares en servicio de la deuda, lo que supone más del doble de la ayuda al desarrollo recibida ese mismo año. O simplemente mirando los flujos financieros de todo tipo, tanto legales como ilícitos – inversiones, evasión fiscal, remisas – en un año cualquiera, 1 billón va del Norte al Sur, y 2 billones van del Sur al Norte.

Por tanto, una Tercera Vía de Desarrollo debe hablar también y, sobre todo, transformar esta arquitectura financiera internacional, que sigue siendo un sistema centrado en el acreedor y preocupado exclusivamente por proteger sus intereses – y aunque en principio no tenemos nada que objetar a la protección de los intereses de los acreedores, debemos negarnos a hacerlo si las preocupaciones legítimas de nuestros países no se tienen igualmente en cuenta dentro de la arquitectura financiera internacional. Porque es fácil, cuando se habla de miles y miles de millones de dólares, perder de vista la dimensión humana de esta realidad, que es que vivimos en un mundo en el que 3.3 mil millones de personas, casi la mitad de la humanidad, viven en países en los que sus gobiernos no tienen otra alternativa que gastar más en el servicio de la deuda de lo que pueden invertir en educación o salud.

Y para ello, en sus deliberaciones, espero que discutan la articulación de nuevos instrumentos, nuevos mecanismos, nuevas estructuras para nuestros países, que reflejen nuestras prioridades y respondan a nuestras aspiraciones de autentico futuro.

Y hacerlo con el apoyo de una cooperación Sur-Sur y de una integración regional amplificadas que se refuerzan mutuamente entre sí.

Delegadas, delegados:

Al acercarme, por fin, a mi conclusión, quisiera recordar, y modificar ligeramente para nuestro contexto, las palabras de Frost:

Dos caminos se bifurcan en un bosque,
Y nosotros – nosotros debemos tomar el menos transitado,
Y eso marcará toda la diferencia

En ese sentido, tenemos un deber colectivo e histórico de proporciones gigantescas, pero que queda empequeñecido por la fuerza de nuestros principios comunes, el vigor de nuestros ideales compartidos y el poder de la verdad que hablaremos de una sola voz.

No será fácil. Por supuesto que no lo será. El camino será sin duda largo y arduo. Pero el río, con inquebrantable determinación e implacable perseverancia, forja la roca. Y nosotros estamos decididos a fluir juntos hasta que hayamos forjado el futuro que queremos y que la Humanidad se merece.

En otra época, y otra región, quizá habría terminado con “a luta continua”. En éstas, sólo diré que el reloj corre – y unidos, podemos hacernos dignos de este momento histórico. Al fracaso no tenemos derecho.

Discurso pronunciado por el Secretario General de la Organización de Cooperación del Sur (OCS), S.E. Manssour Bin Mussallam, el 8 de agosto de 2024 en la Ciudad de Panamá